

**Alocución en el Acto
de Constitución
de la Sociedad Chilena
de Estudios Clásicos**

Dr. Héctor Herrera Cajas

**Universidad Metropolitana
de Ciencias de la Educación
Chile**

Cabría preguntarse ¿A qué corresponde este aplauso? Bien lo sabemos; es el aplauso a una firma, pues eso es lo que se ha aplaudido: una firma que viene a ratificar —al inicio de muchas otras firmas— el espíritu de un texto que, acorde a los principios jurídicos que rigen el establecimiento de sociedades de acuerdo a derecho en el país, se ha considerado que es el adecuado para darle forma a algo que es mucho más valioso que estas hojas: es al espíritu que ha animado durante años a muchos intelectuales en Chile, y que hoy día toma forma en este estatuto; por lo tanto, lo importante es celebrar, en este momento, al peculiar modo como se va realizando la historia de las instituciones, porque no podría haberse reunido esta selecta concurrencia presta a firmar esta acta, sino hubiese sido porque hombres, que hoy día están definitivamente ausentes, supieron dedicar sus mejores esfuerzos al cultivo de las lenguas clásicas y de las ciencias para las cuales ellas son las claves indispensables. Y ello lo hicieron durante años en los cuales, muchas veces, no encontraron la comprensión y el apoyo que hoy día hemos logrado de parte tanto de esta Universidad como del conjunto de la vida universitaria chilena.

Difícil es hacer una enumeración —por rápida que sea— de quienes han sido todos esos hombres que han contribuido a que se haga realidad, a la vuelta de años, este estatuto. No quiero restar mérito a quienes han estado encargados de la redacción de este documento; no quiero desconocer nada de lo que ha sido el empeño decidido y entusiasta de la Directora del Centro de Estudios Clásicos, así como de la comisión encargada de sacar adelante, y con tanto éxito, este Primer Encuentro Internacional de Estudios Clásicos, ni de la colaboración que se ha tenido de docentes de distintos lugares del país, ni de la concurrencia de los distinguidos colegas del extranjero; no quiero disminuir nada de eso. Todo tiene su real significado; pero sí, me atrevo a sostener que no

habría sido posible que se lograra esta realidad sin un esfuerzo mantenido de varias generaciones por alimentar en el hombre la luz, la confianza, la convicción de que los estudios clásicos son indispensables para que, en el mundo contemporáneo, se sienta en su verdadera dimensión lo que es el hombre y sus problemas. Porque —seamos sinceros— estos estudios no son para resolver el problema del hombre; son para conocer los problemas reales del hombre en sus más profundas y auténticas dimensiones.

Decía que esta enumeración puede significar sin duda incurrir en muchas omisiones que pueden ser penosas; con todo, quiero destacar, porque lo siento así en mi corazón, a algunos hombres que hoy día —estoy seguro que en espíritu— nos acompañan y celebran este momento trascendental de la creación de esta Sociedad Chilena de Estudios Clásicos, tanto más cuando algunos de ellos están ligados directamente a nosotros a través de una docencia dada por muchos años en estos mismos lugares que hoy día acogen esta Universidad y hacen posible la creación de este centro interuniversitario nacional de estudios clásicos. Por lo menos, quiero hacer un recuerdo del profesor Adolfo Gómez Lasa, quien fue un hombre de una pasión extraordinaria para conmovir a los alumnos frente a lo que significa el valor de la palabra que, desde su fuente original, es capaz de seguir alimentando la vida espiritual de los hombres a través de los siglos; a él posiblemente —tal como otros colegas que hay en esta sala— yo le debo ese primer impulso para reconocer la importancia de los estudios clásicos. Otro nombre que igualmente merece nuestra gratitud es el del profesor Dr. Genaro Godoy; porque con una disciplina extraordinaria, durante años, se preocupó de esta tarea que nosotros sabemos cuán difícil es: la de estar entregando una docencia que no siempre es debidamente comprendida por colegas que cultivan la filosofía, la historia, la literatura, el arte, la teología, y aun los colegas que cultivan las ciencias exactas, todos los cuales deberían ser más conscientes de su falencia y más permeables a la fecundidad de estos estudios.

Con esto no quiero hacer una crítica; quiero tan sólo describir una realidad que, en gran parte, está en nosotros que seamos capaces de superarla haciendo que esos colegas —todos hombres comprometidos con el mundo del intelecto— vean que, sin el cultivo de las letras clásicas, habrá siempre una limitación profunda que grava y lastra toda renovación seria de los estudios humanísticos en el mundo actual, y con ello, de la posibilidad más certera de comprensión de la inquietante problemática del hombre contemporáneo. Justamente por el desconocimiento de ellos, muchas veces los ignorantes son incapaces de sentir el estímulo de la grandeza de ese pasado que llega hasta uno y lo anima a tareas aún mayores.

En gran medida, esta incomprensión proviene del desconocimiento de lo que significa una misión que, a veces, avanza tan lentamente antes de dar sus primeros frutos, que, por lo mismo, aparece como una tarea que no tiene sentido que se realice, sobre todo en universidades que quieren probar rápidamente la eficacia de los métodos, el resultado provechoso de los aportes o la aplicación de las investigaciones que se realizan. Nosotros sabemos que estos estudios exigen más allá de los textos, más allá de lo que es el conocimiento del espíritu que está presente en ellos, de una maduración muy lenta que va dándose en el espíritu de quienes pretendemos cultivar estas disciplinas.

Para muchos otros, es digno de recuerdo el nombre del profesor Fotios Malleros, porque él, a menudo, fue la persona que con insistencia hacía notar —tal vez porque lo sentía profundamente como griego que se sabía heredero legítimo de esa cultura clásica— que este mundo chileno, esta universidad chilena, no podía cerrarse a los estudios clásicos porque tal clausura sería un verdadero cercenamiento de parte constitutiva de nuestro ser histórico.

Creo que estos tres nombres, que representan a tres hombres que vivieron profundamente lo que es la Universidad, están hoy día acompañándonos y gozando con este acto solemne de dar fundación a esta Sociedad. Pero, a Dios gracias, también hay quienes están presentes, aun cuando no corporalmente aquí, y que deben ser recordados. Por cierto, el distinguido maestro de generaciones de profesores formados en el Instituto Pedagógico y eminente filólogo, don Rodolfo Oroz, quien ha sido designado como primer *Doctor honoris causa* de esta Universidad, galardón que se suma a los muchos que ha reunido en su prolongada existencia en reconocimiento a su amor al latín y a su docencia.

Desde mis ya lejanos años de estudiante, recuerdo al profesor visitante Dr. Ernesto Grassi, quien gracias a la comprensión extraordinaria y a la visión fundante del entonces Rector de la Universidad de Chile, don Juan Gómez Millas, durante varios semestres vino a Chile para dictar seminarios sobre textos filosóficos griegos, seminarios que fueron seguidos, aquí y en la Universidad Católica de Valparaíso, por un grupo fervoroso de discípulos, entre los cuales se cuenta al actual Rector de la Universidad de Chile, Juan de Dios Vial Larraín, al profesor Joaquín Barceló, a mí mismo, y posiblemente a algún otro de entre los colegas aquí presentes. En dichos seminarios, lo primero era reconocer —en algunos casos después de años o, por lo menos, de varios semestres de estudio del griego— nuestra ignorancia tremenda al enfrentarse con un texto de Platón. Una cosa es leer y traducir el texto; otra cosa es la filología. Un estudio filológico que pretenda solamente hacer una edición depurada del texto —tarea por cierto indispensable; tarea que ha hecho posible que hoy día tengamos textos confiables de la mayoría de los autores que se han conservado hasta nuestros días— es muy merito-

rio, pero esa filología es solamente el punto de partida para el rescate del espíritu que está contenido en los textos; y fue calar a fondo para tratar de ver cuál es el alcance, no ya de una palabra, sino de una partícula dentro de una frase, lo que Grassi nos enseñó o, por lo menos, quiso enseñarnos, y algunos, sin duda, adquirieron en ello un dominio y una pericia extraordinaria. Una cátedra se creó al comienzo del año recién pasado, para tener la permanente presencia, ante profesores y alumnos, de este maestro.

Después, a la vuelta de años, otra figura ha venido igualmente a hacernos ver cómo la filología tiene una capacidad extraordinaria de hacer posible que lo que aparece nada más que como estudios de los textos —en algunos casos como estudios de una arqueología literaria— es, por el contrario, un estudio que suscita la riqueza del espíritu que está contenido en ellos, con la más lozana actualidad y con el más auténtico frescor. Hemos tenido la suerte, durante varios años en la Universidad Católica de Valparaíso y ahora aquí en Santiago, de contar con la palabra del profesor Dr. Carlos Disandro, quien ha sido para muchos de nosotros el estímulo para que no desfalleciéramos en años en que parecía que los estudios clásicos estaban llegando hasta la más profunda sima en nuestro país, al ser considerados como ejercicios alienantes frente a una realidad nacional entenebrecida por el predominio de ideologías foráneas y, por lo mismo, sin horizontes.

La participación del Prof. Disandro, casi habitual en las Semanas de Estudios Romanos, que iniciamos en la Universidad Católica de Valparaíso, ha significado un rescate y una redención de textos fundamentales de la tradición latina, presentados con el rigor del científico, con la emoción reconcentrada del poeta, con la visión penetrante del filósofo que también es teólogo, y, como si fuese poco, con la palabra animosa del verdadero maestro.

Hoy día, gracias a estos nombres venerados, gracias a estos maestros insignes, desde esa sima nos hemos elevados hasta esta deslumbrante cima, que ha sido la de estas Jornadas, en las cuales ha habido la oportunidad de escuchar a tan distinguidos colegas y de continuar haciéndolo porque, como para rubricar verdaderamente lo que es formar esta Sociedad Chilena de Estudios Clásicos vamos a tener la oportunidad de escuchar la lección del profesor Dr. Francisco Rodríguez Adrados. Y lo digo con la precisión propia de rubricar porque, bien sabemos, eso era lo que acontecía cuando había la posibilidad de tener una tinta que con su color rojo destacase la dignidad de partes de algunos documentos; pues bien, el profesor Rodríguez Adrados ha hecho de su vida una firma para apoyar no solamente en España sino también en el extranjero, los estudios clásicos, y por eso su lección será el testimonio de una vida, y el testimonio de la vida es no solamente el aliento vital que

anima al hombre sino también las *sanguis* que garantiza la posibilidad de la existencia del ser.

Por mi parte, este es mi testimonio: un recuerdo de gratitud inmensa para aquellos hombres que mantuvieron prendida la luz de los estudios clásicos en nuestro país en horas aciagas; un recuerdo de gratitud profunda para aquellos hombres que, todavía manteniendo la lozanía del espíritu, están igualmente, desde el extranjero, acompañándonos, y una gratitud para estos colegas que han venido desde el extranjero a entregarnos su savia fecunda para la germinación de estos estudios que aquí encuentran esta acogida sorprendente. Porque les debo decir que en la Universidad son muchos, y fuera de la Universidad también, los que no creían en la posibilidad de alcanzar este momento, y al ver, durante la semana, cómo esto está aconteciendo, aún persistía en ellos el asombro; y, tal vez, esto es lo mejor que hemos sido capaces de conseguir: que haya dentro de la Universidad esta expectación, primero, y este asombro, después, con lo que se comprueba que aquello que parece lo más distante, lo más lejano, es lo que está más próximo; aquello que parece lo menos necesario, lo más superfluo, es lo más indispensable, es lo que hace posible que mantengamos la entereza propia de la vida universitaria.

Somos nosotros y no otros, los que tenemos que responder por la vida universitaria en su plenitud; están también los médicos, están los ingenieros, están los agrónomos, están todos los profesionales que hoy día integran las universidades; todos ellos tienen que responder por la Universidad, pero nosotros, encargados de los estudios humanísticos, tenemos una responsabilidad muchísimo mayor que todos ellos juntos, porque una Universidad sin espíritu, sin este espíritu que seamos capaces de comunicarle, es una Universidad que declina y que posiblemente será arrollada por fuerzas adversas que sabemos que se ensañan con el mundo contemporáneo. Pues bien, del cultivo de los estudios clásicos tenemos que sacar no sólo un fácil optimismo sino algo más profundo: una fortaleza y una templanza, virtudes cardinales que han garantizado, a lo largo de casi tres mil años, que la historia de Occidente sea —a pesar de todas las adversidades y superando todas las crisis— sea, con todo, la historia que hace posible que el mundo tenga sentido.